

Revista Sarance N° 28

Consejo Editorial:

- Plutarco Cisneros Andrade
- Hernán Jaramillo Cisneros
- Susana Cordero de Espinosa
- Clara Luz Zúñiga Ortega

Director:

Fermin H. Sandoval

Publicación del Instituto Otavaleño de
Antropología y la Universidad de Otavalo

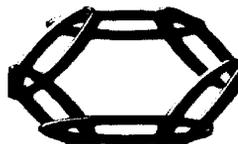
Casilla: 10-02-06
Otavalo – Ecuador
ioa_otavalo@hotmail.com
info@uotavalo.edu.ec



**INSTITUTO OTAVALEÑO
DE ANTROPOLOGIA**



*Se agradece la contribución de la Ecassef
Foundation para la edición del presente número.*



DIRECCIONES

IOA:

Cdla. Imbaya. Av. de los Sarances s/n
y Pendoneros

UNIVERSIDAD DE OTAVALO:

Cdla. Imbaya. Av. de los Sarances s/n
y Pendoneros

Revista Sarance N° 28

© Copyright 2012. IOA.UO

ISSN: 0252-8630

"Impresión Digital"

Edición realizada en los talleres de Editorial
Jurídica del Ecuador; con la calidad y tecnología
de equipos de producción XEROX

Editorial Jurídica del Ecuador
Miguel de Trujillo N° E5-55, Quito
Teléfono: 2642 - 984 Telefax: 3131 - 470.

www.editorialjuridicadeecuador.com
Email: editorialjuridicadeecuador@andinanet.net

ÍNDICE GENERAL

Editorial	8
José María Arguedas o el juego dualístico de su cosmovisión andina. Clara Luz Zúñiga Ortega	11
Estrategia para el desarrollo de competencias investigativas en los estudiantes de la Universidad de Otavalo desde la perspectiva de la investigación científica. Francisco Becerra Lois, René Cortijo Jacomino y Víctor Hugo Pinzón Plaza.....	26
La cultura: problema abierto. Fermín H. Sandoval	45
Contribuciones forzosas en Otavalo en tiempos de revoluciones. Hernán Jaramillo Cisneros	54
Un manuscrito del siglo XVII de Santiago de Guatemala para aprender a tañer una guitarra por solfa o por cifra. Luis Antonio Rodríguez Torselli	78
Monolito de Pilchibuela: aportes a la memoria y a la identidad desde la antropología y la arqueología a la parroquia San Rafael de la Laguna, cantón Otavalo, provincia de Imbabura. Víctor Hugo Pinzón Plaza	100
Leyes, instituciones y educación en patrimonio. La experiencia de la República del Ecuador. José Echeverría Almeida & Carla Cristina Echeverría Muñoz	125
La portentosa jícama. Luis Moreno	145

**JOSÉ MARÍA ARGUEDAS
O
EL JUEGO DUALÍSTICO DE SU
COSMOVISIÓN ANDINA**

Clara Luz Zúñiga Ortega

*“Nuestro mundo estaba dividido como ahora
en dos partes:
la tierra en que no llueve y es cálida,
el mundo de abajo,
cerca del mar,
donde los valles juncos encajonados entre cerros escarpados,
secos, de color ocre,
al acercarse al mar se abren como luz,
en venas cargadas de gusanos, moscas, insectos,
pájaros que hablan:
tierra más virgen y paridora que la de tu círculo.*

*Este mundo de abajo es el mío
y comienza en el tuyo,
abismos o llanuras pequeñas y desiguales
que el hombre hace producir a fuerza de golpes
y canciones,
acero, felicidad y sangre,*

*son las montañas y precipicios de más profundidad que existen.
Suceden ahora
En este tiempo,
Historias mejor entendidas arriba y abajo”.*

“El Zorro de Arriba y el Zorro de Abajo”

El texto, todos los textos, proponen un diálogo con el lector, un diálogo vital, intenso y a veces dramático en el cual, los dos polos de la comunicación interactúan.

El texto se tuerce como modulando nuevas voces mientras el lector, entre desconciertos e iluminaciones, descubre nuevos y nuevos recodos aún no visitados, al menos por él, cuyo paso por ellos lo desplaza a dimensiones insospechadas.

El diálogo propuesto por las obras de **José María Arguedas**, genera intercomunicaciones bastante comprometedoras e invita a aventuras de inimaginables proyecciones.

El suyo, es un discurso complejo e intenso, no solo porque en él se expresan culturas disímiles y distintas formaciones sociales, sino porque se examina, con profunda perspicacia, el confuso pero iluminador tejido que, tanto las opone cuanto las reúne, mediante un juego transcultural que cuestiona modos de conciencia y valores tradicionales, para proponer insólitas experiencias de vida y mundo que propician aperturas imprevistas en el desconcertante ánimo de quien a él se aproxima.

La obra de Arguedas representa muy bien la naturaleza quebrada y heterogénea de Nuestra América y el temple viajero, siempre de ida y vuelta entre varios mundos, de quienes pertenecemos a estas hermosas y desgarradas latitudes.

Aproximarse a ella, es tratar de descifrar los “Ríos Profundos” que taján y fecundan la convulsa realidad americana y los desconcertantes signos de una cultura que es múltiple y de una historia hecha de varios y entrecruzados ritmos.

Arguedas fue un intelectual en una ubicación de fronteras. Era mestizo, ubicado en la frontera entre el mundo indio y el mundo de los mistis, entre el mundo andino y el mundo occidental, entre el Perú, América y Europa.

Esta ubicación tuvo para él grandes costos como el que le cobró la vida; pero también, el estar ubicado en una zona fronteriza, entre dos lenguas, entre dos culturas, otorga una sensibilidad mayor que la de quienes están ubicados a uno u otro lado.

Su vida es la confluencia de dos corrientes antagónicas: ser misti o ser indio; por eso sus novelas se nutren del conflicto y de la

necesidad de superarlo, del choque entre el pensar y vivir quechua y el pensar y vivir blanco, hispano, occidental.

La dimensión de la literatura como lugar de encuentro, consiste en estructurar el universo narrativo según los valores conjuntos del pensar quechua y del pensar criollo, lo que constituye al mismo tiempo una tendencia individual y un proyecto colectivo, porque allí incide la especificidad de un hombre y la peculiaridad de una sociedad múltiple y contradictoria, la dispersa y heterogénea sociedad latinoamericana.

Escribir para Arguedas significa el infinito anhelo de libertar por la palabra a su pueblo profundo de los riesgos de la historia y aferrarse a la esperanza, cada vez más lejana, de que un día “Todas las Sangres” corran por las venas de América.

Él sabía que el mundo forjado de palabra y fantasía es grande, cuando lo añadido a la vida prevalece sobre lo tomado de ella. De vivencias y fantasías están hechos sus libros. Si la realidad es zozobante, la ficción provee a la escritura de una energía que sustenta su ámbito de convocaciones. “Escribimos por amor, por goce y por necesidad, no por oficio”, decía. Y la necesidad de escribir, eso de “vivir para escribir” o “si no puedo escribir me pego un tiro”, surge como una verdadera vocación de la encrucijada entre la escritura y su existencia.

Y como su obra involucra su vida desde la cual escribe, tiene un doble valor: un valor estético y un valor histórico, que no es realidad ni ficción, sino ambas cosas a la vez.

Del indio que es por formación, le llegará a Arguedas su animismo, su profunda sensibilidad, su propensión a ver el mundo social y humano como un orden natural. Del blanco que es por nacimiento, le vendrá a su vez, la imposibilidad de contentarse con esa herencia y la ambición de emanciparse de esa realidad.

Influido por esa doble filiación, se convierte en un ser desgarrado, escindido, que trata desesperadamente de hacer coherente y unívoco un mundo que no lo es. Su drama radica en la percepción del conflicto absurdo, entre la altísima y generosa idea que tiene del hombre y la realidad dura y opuesta que le toca vivir.

El problema de la creación literaria es colateral de su pensamiento, marcado por la contradicción y la exigencia absoluta de su superación.

Se propone fundamentalmente revelar la índole profunda de una sociedad oprimida y de una cultura marginada: la quechua, y dentro de ese mismo empeño, crítica duramente a los culpables.

Sin embargo, si la revelación de la trama íntima del mundo conmueve al lector, porque muestra la existencia de modos de vida que, pese a la opresión siguen siendo

admirables, como portadores de valores difícilmente discutibles, lo que en realidad impacta con fuerza es el buceo en ese azaroso espacio donde lo uno y lo otro combaten y se entremezclan, desde hace más de cinco siglos, forjando identidades huidizas, desconcertadas y fluctuantes, donde el yo y el otro pueden intercambiar constantemente posiciones y funciones en un inacabado hervor que no se deja acabar.

Arguedas parece querer subrayar, que en estos países nuestros dependientes, “Siempre se es mestizo de alguien”.

Si Arguedas es un hombre ambivalente, “individuo a caballo entre dos mundos”, es porque así es el Perú y entonces, él se interrogó sobre su país, amarrado como estaba a una visión dualística del mundo andino que concibe un Hanan (**arriba**) y un Urin (**abajo**), entre las que se desarrolla el devenir del hombre; oposición arriba-abajo que atraviesa todos los niveles de organización del Estado Inca (Tawantinsuyo), pero que, lejos de implicar antagonismos absolutos, corresponden a relaciones de interacción, de complementariedad, de reciprocidad. Cada pareja de oposiciones en la cosmovisión andina, representa y contiene, por analogía, a las demás.

La cosmogonía andina, considera una pareja de astros **Sol/Luna** que domina el cielo: la alternancia de la luz del día y la oscuridad para marcar el ciclo de un día; la producción agrícola se funda en la interacción entre calor solar y la tierra infiltra-

da por el agua; la reproducción del género humano supone la oposición: **Hombre/Mujer**. En términos geográficos, la imagen andina del mundo subraya, en íntima relación con el aspecto social, un arriba y un abajo. Muchas comunidades andinas combinan una economía ganadera en tierras altas, con la agricultura en los valles y las quebradas; la interacción, a veces conflictiva entre **Costa/Sierra**, por otra parte, determina desde la fundación de los horizontes pasandinos (primer milenio antes de nuestra era) la vida en el área andina.

Al “arriba” están asociados: el sol, la sierra, el fuego, el día, el cóndor, lo masculino.

Al “Abajo” correspondería: la luna (Pachakamac-Wira-cocha), la costa, el agua, el mar, la tierra, el toro, la noche, lo femenino.

El pensamiento andino considera una relación de reciprocidad y continuidad entre el hombre y la naturaleza, porque ambos son partes de un todo armónico. En este sentido puede entenderse que la naturaleza es un reflejo de las relaciones sociales existentes entre los hombres. En base a un concepto mágico de la naturaleza, el pueblo quechua creía en la existencia de un orden y armonía universal previos, que habían sido rotos por la conquista.

Sabían ellos, los indios, de un principio universal que en términos de aprehender la totalidad cósmica, en donde “todo es uno”, “lo que está arriba es como lo que

está abajo y lo que está abajo es como lo que está arriba”. Y por eso, existe una perfecta reciprocidad y correspondencia, que produce la unidad en la diversidad. El Ser Total de que habla Octavio Paz, en “Piedra de Sol”.

Para Arguedas, la diferencia entre las creencias indias y las creencias blancas, reside en las relaciones solidarias y combativas que contrariamente a lo que sucede con las segundas, las primeras establecen con el universo.

Si anteriormente los hombres gozaban de una situación de dignidad, de libertad, de equilibrio consigo mismos y con el cosmos, subsiste la esperanza entre los indios y es la misma que anima a Arguedas, de volver a una sociedad digna y justa, solidaria y fraternal, donde se restablezcan las relaciones de unidad, rotas entre los hombres y la naturaleza. Es la fe que sostiene el Mito del Inkarrí, de que un día la cabeza del dios se junte con el cuerpo y resurja una nueva sociedad para todos los pueblos.

Esa es la estructura de praxis social y dinamismo que Arguedas impone a sus obras al otorgarles posibilidades de fe y de esperanza.

Según Antonio Cornejo Polar, la naturaleza que para el indio aparece como una totalidad coherente e integrada, contrasta con la realidad social completamente desintegrada y rota.

De esa visión dualística del mundo andi-

no, deriva también el carácter dualístico de la obra Arguediana y a la que trataré de aproximarme a partir de la que considero la oposición fundamental: **Opre-sor/Oprimido** y que sufre un proceso de ampliación que va desde la oposición primera: **Blanco/Indio** pasando por **Costa/Sierra**, hasta **Imperialismo/Perú** (podríamos decir Latinoamérica).

Aunque la estructura del universo narrativo Arguediano evoluciona de manera sensible, siempre descansará en una estructura dualística fundamental: **explotador/explotado**.

Arguedas vio al Perú, primero como el lugar del enfrentamiento irreconciliable de dos mundos; pero luego, como un espacio rico, diverso y múltiple, como el espacio de “Todas las sangres”, donde cualquier hombre puede vivir feliz todas las patrias.

En los primeros cuentos la oposición planteada es entre indios y blancos, o indios y señores o indios y wiracochas, El escenario de esta oposición es únicamente la zona andina.

En “Yawar Fiesta” se produce ya una ampliación. Ahora la oposición es Costa / Sierra o sea cultura andina / cultura occidental. Aunque se produce una ampliación, las características de la dicotomía anterior no se han resuelto: permanecen.

En “Todas las sangres” y “El Zorro de arriba y el Zorro de abajo”, la oposición se amplía y entonces el conflicto será: Perú

o Latinoamérica/Imperialismo. También aquí permanecen las anteriores dicotomías. Los conflictos internos de cada oposición no se resuelven y permanecen cuando el problema tiene como escenario no solo el Perú, sino el mundo. Aquí se universaliza porque su análisis nos remite a tener en cuenta los “derechos humanos”. Y este es un problema que atañe al hombre universal.

Esa serie de ampliaciones sucesivas del espacio Arguediano, donde se sitúan esas oposiciones que Tomás Gustavo Escajadillo llama “Ensanchamiento geográfico espiritual”, responde quizá al intento de Arguedas de interpretar la problemática económica y cultural de una manera global y por eso nos muestra tres espacios: la comunidad india, la sierra y el Perú; pero cada uno de ellos viéndose incluido en un

espacio más amplio: La Sierra, el Perú y el Mundo.

Tratemos de aproximarnos, así sea solamente a cada una de ellas.

En la primera oposición se considera la comunidad indígena como un todo; un espacio homogéneo escindido del resto del país. Solamente los esporádicos viajes que algunos realizan a la costa, establecen cierta relación con ella.

Pero los que viajan, vuelven y en todos se evidencia una toma de conciencia de lo que representa ese espacio como posibilidad. Es lo “otro”, lo “distinto”, lo “diferente”.

La idea de dualismo entre lo indio y lo blanco deviene de su radical duplicidad. Así nos lo aclara Antonio Cornejo Polar:

“en realidad son dos universos, dos submundos si se quiere,
el de los indios y el de los blancos. Entre uno y otro
no hay separación neutral ni neutralizadora;
hay por el contrario, choque y oposición permanente,
contradicciones agudas, insalvables.
Como ambos submundos comparten un mismo espacio
y se afirman ante un mismo concepto genérico,
su diseño básico es la tensión entre unidad
impuesta por el espacio común
y diversidad,
que emana de la peculiaridad de cada cual.

La filiación dialéctica de este esquema opositivo
se deja ver sin esfuerzo”.

Arguedas busca una estética literaria que refleje el sentir cósmico del pueblo quechua y muestre cómo en la cultura peruana, el elemento indígena pervivirá mezclándose con otras culturas para originar un vasto conglomerado humano con rostro propio; nos muestra también al blanco como depositario de un poder opresor, asociado con un orden superior que resulta incomprensible.

La colonia estableció una nefasta clasificación de las personas, cuando impuso la ciega superioridad del español y de todo lo español, sobre el indio y sobre todo lo indio.

Los blancos o descendientes de los españoles, practicaban una economía mercantil e individualista, concentraban la propiedad de la tierra en pocas manos y despreciaban el trabajo por considerarlo degradante.

La cultura andina, en cambio, no tenía propiedad privada, sino colectiva; el trabajo se realizaba en forma comunitaria y tenían una concepción religiosa de la tierra y del trabajo. El valor ético de la solidaridad con la comunidad era básico y el trabajo se relacionaba con las ofrendas a la tierra y se hacía con alegría y felicidad. Al encontrarse dos culturas con valores tan opuestos era imposible que no reaccionaran ya sea oponiéndose y en algunos casos, mezclándose.

En los relatos de “Agua”, la oposición parece imposible de cambiar. Los in-

dios siempre van a ser indios y los mistis, siempre serán mistis, sin posibilidad de acercamiento, ni comunicación. Un terrible pesimismo envuelve los relatos. Solo aparece una muy vaga esperanza de que un gran Pachakutic, como la Amarú mítica, que habita en el subsuelo americano lo sacuda todo y lo cambie todo o que un gran incendio sacuda a ese mundo y lo transforme radicalmente.

En Arguedas, al mundo del opresor, el del blanco, corresponde la costa, occidente, el castellano, la escritura, la religión, el abajo, la racionalidad, el toro, los sapos, los pedernales, el futuro, la historia, el individualismo, la competencia, el día, el desarrollo y el progreso y el imperialismo.

Al mundo oprimido, el del indio, corresponde: la sierra, el quechua, la oralidad, el mito, el arriba, el pensamiento salvaje, el cóndor, los halcones, el diamante, el pasado, el valor comunitario, la solidaridad, la noche, la inmovilidad, los países tercermundistas.

El mundo indígena tiene como características: una cosmovisión mítica del mundo, donde el hombre y la naturaleza están en comunión, con una perfecta integración entre el hombre y el cosmos, con un tiempo mítico cíclico reversible.

En cambio, el mundo blanco-occidental, posee una cosmovisión histórica, en donde la naturaleza es simplemente un medio de producción, con un tiempo lineal y una completa desintegración entre el hombre y el cosmos.

La realidad no se presenta en forma unívoca y coherente, sino, por el contrario, en forma dual y contradictoria.

Para decir esa realidad, Arguedas encuentra una nueva encrucijada desde su condición de bilingüe: ¿cómo decir en castellano, lo que había aprendido en quechua? ¿En qué idioma hacer hablar a los indios que, en su mayoría, son monolingües quechuas? Y si en quechua, ¿cómo lograr que el mundo los conozca como realmente son?

No se trata de pasar de una lengua a otra; se trata de pasar de una cultura a otra.

San Agustín afirmaba que la barrera de las lenguas anulaba todas las semejanzas entre los hombres. Raimundo Lulio decía lo mismo y por eso proponía a la Curia Romana reducir todas a una sola lengua. Se cree que de la Babel de las lenguas deriva la Babel de las religiones. Arguedas vivió esa Babel. Por eso se pregunta: ¿en qué lengua piensa el bilingüe? ¿Cómo describir esas aldeas, pueblos y campos?

La palabra es un vehículo que porta el alma, el espíritu más íntimo de un pueblo. No se trata de quechuitar el castellano o castellanizar el quechua; se trata de no perder el alma; de no robar el espíritu de la cultura que es lo que la lengua vehicula.

En la oposición **castellano/quechua** va naturalmente implícita la oposición cultural: **blanco/indio**. Pero también está latente la oposición: **oralidad / escritura**, oponiendo como es sabido la civilización

oral (**dominada**) a la escritura (**dominante**) y con ellas el **pensamiento salvaje/racionalidad**.

En abierta oposición con la Sierra está la Costa, en el universo narrativo Arguediano. Sin embargo, al instaurarse la dualidad costa/sierra, los problemas y conflicto de la dualidad blanco/indio no desaparecen. La ampliación es fundamentalmente en el plano cultural y espacial.

En esta oposición **Costa/Sierra**, se alzan dos sociedades completamente distintas, casi antagónicas, tanto desde el punto de vista económico como cultural; una sociedad arcaica representada por la sierra y una sociedad moderna encarnada en la costa; dos sociedades que, aunque de cierta manera independientes la una de la otra, mantienen relaciones entre sí; dos sociedades en donde la una, la costeña, genera sus propios cambios mientras la otra, la andina, los sufre. En el fondo la sierra se transforma, pero por el impulso del desarrollo de la costa.

El serrano en la costa se siente desubicado y extraño, pero igual el costeño en la sierra. Cada uno fuera de su espacio, es un extraño.

Sin embargo, la aspiración de todos en la sierra se volvió ambición de bajar a la costa; llegar a Lima, aunque sea por un día; dejarse deslumbrar por las gentes, el bullicio, las tiendas, los colores y calores, el comercio, los carros que enloquecidos vienen y van y luego regresar.

En Yawar Fiesta nos dice Arguedas:

“Los indios y serranos, mistis y cholos,
bajaban de la altura con sus charangos, sus bandurrias,
sus kirkinchos y su castellano indio,
pero también con su dolor a cuestras
y compraban o se apoderaban de algún pedazo de tierra
próxima a la ciudad y allí,
con cartones y latas,
en ramadas o casas de adobe,
sin fachada, sin luz, sin agua,
se quedaban a vivir”

Se produce entonces en la Sierra un fenómeno masivo de inmigración a la capital. Casi todos vuelven, pero ya son “distintos”. Todos ya han sido deslumbrados.

“Mejor es no probar Lima; si se prueba
una vez,
ya tienes el veneno”.

Se impone, ante la lucha del acá y del allá, un fuerte proceso de autorreconocimiento para saber lo que se es y lo que se vale y evitar que, en el paso del aquí al allá o del allá al acá, se queden enredadas las raíces. Las tres últimas novelas de Arguedas “El Sexto” (1961), “Todas las Sangres” (1964) y “El Zorro de Arriba y el Zorro de Abajo”, (edición póstuma 1971) rebasan las fronteras regionales y colocan el problema en el marco del contexto universal, de los valores y derechos humanos.

En “Todas las Sangres”, supera a cabalidad la dualidad: cultura serrana y cultura costeña y presenta al Perú como un todo

integrador, donde los sectores que antes se oponían, se unen, sin perder cada uno su peculiaridad inicial y sin menoscabo de la lucha indígena por su liberación, frente a otro gran adversario procedente del exterior: el consorcio Norteamericano que incorpora desnaturalizándolo a un proyecto de desarrollo autóctono, otro ligado a intereses económicos imperialistas.

En esta tercera oposición **Imperialismo/Perú**, seguimos encontrando a la Costa y a la Sierra, la una frente a la otra, pero ya no como dos sociedades independientes. Por el contrario, ahora los encontramos como los dos polos de una misma sociedad que, aunque integrados al mismo proceso histórico en el marco del capitalismo mundial, han tenido una evolución diferente, hasta contradictoria.

En “Todas las Sangres”, aparecen los andes y la costa, los indios, los blancos, los mestizos, aparecen los ricos y los pobres,

los poderosos y los débiles en una lucha inconciliable.

La obra se abre con un relato que pone al descubierto la realidad del mundo indio serrano y la explotación y violencia que ejerce el terrateniente, y se cierra con la explotación y violencia que ejerce el capitalista industrial en la costa.

De una estructura casi feudal a una sociedad en vías de industrialización. Entre estos extremos, la profunda realidad del Perú, apoyada en lo sagrado, la memoria y la voluntad de acción del indígena.

La primera oposición que se presenta en la obra es la que existe entre el **Capitalismo imperialista y el capitalismo burgués**.

La compañía imperialista Wisther and Bozart, destruye al capitalismo nacional, don Fermín Aragón de Peralta, quien descubre una mina de plata en San Pedro de Aparkora, en los Andes. El capitalismo nacional, peruano, tendrá que ser dependiente del imperialismo.

Pero hay otra oposición en la obra: **el capitalismo nacional frente al feudalismo**.

Don Fermín construye su imperialismo mediante la explotación y el engaño a los agricultores.

Mediante fraudes y a costa de violencia, se apodera de sus tierras. Lo que imperó en los Andes peruanos desde la llegada de los conquistadores es el latifundio. El feudalismo andino se formó mediante el saqueo y el arrebato violento de tierras a las comunidades indígenas.

En “El Zorro de Arriba y el Zorro de Abajo”, Arguedas tratará de captar la complejidad creciente del orden imperialista y sus consecuencias desastrosas sobre países dependientes como los nuestros.

El conflicto que viene desde la primera y segunda oposición continúa, pero ahora, la oposición se muestra como los dos zorros juntos, con algunos visibles puntos de encuentro, frente al imperialismo.

Martín Lienhar, uno de los más grandes estudiosos de “El Zorro...” de Arguedas, afirma:

“El Zorro...está centrado en el sistema dualista andino, se constata la irradiación de las oposiciones tradicionales connotadas también con significados modernos.

La costa (abajo) connota la conquista española
(nivel histórico)
la explotación imperialista (economía),
la injusticia (nivel socio-político),

la decadencia cultural y moral (ética)
la Otredad (antropología) y,
por lo general,
un presente (tiempo) intolerable”.

La Sierra (arriba)
Representa la población quechua-aymará
Con su pasado lleno de potencialidades futuras (tiempo)
Sus valores sociales, morales, culturales
Económicos y ecológicos”.

En *El Zorro...* muestra Arguedas, cómo un pequeño patrón de lancha de Chimbote, llamado Chaucato, llega a ser el “inocente paridor de Braschi” o, en otros términos, cómo la burguesía nacional, hace, sin darse cuenta de ello, el lecho del imperialismo. Ella es su trampolín. Evidenciará al mismo tiempo, cómo la Sierra, ha sido y seguirá siendo en el cuadro del desarrollo capitalista de la sociedad peruana, la proveedora de la Costa, tanto en materias primas como en mano de obra.

Hay además en el universo narrativo de *El Zorro...* un gran juego de alternancias que van desde el corazón mismo del relato por la presencia del “yo” de los diarios y del “Él” de la narración puramente ficción.

Los “diarios como texto andino, aluden al arriba y al pasado.

El “relato” como texto del mundo costeño, alude al abajo y al presente.

Un narrador serrano, frente a un proyecto novelesco costeño.

Dos espacios se pelean la actividad del mundo Chimboteño: el mar y el prostíbulo.

Al amar corresponde: el trabajo, la actividad del día, lo masculino.

Al prostíbulo corresponde: el ocio-descanso, la noche y lo femenino.

Chimbote es la representación mítica del mundo, donde las oposiciones Blanco/indio; Costa/Sierra; Arriba/abajo y tantas otras, no son sino soportes que sostienen la urdimbre novelesca.

De todos modos, el narrador de arriba y el narrador de abajo, no son sino máscaras de un mismo narrador desdoblado.

La estructura interna del universo Arguediano, regida por las tres oposiciones que hemos señalado, responde a una interpretación dialéctica de los fenómenos socio-económicos y culturales, en los marcos sucesivos de una sociedad única, pero de alguna manera independiente; de una so-

ciudad dual y por fin, de una sociedad única, pero dependiente.

Si bien la obra de Arguedas tiene una estructura dualista, su dialéctica descansa, ante todo, sobre una visión de totalidad por la síntesis de los contrarios y por la reducción de la dualidad fundamental. Dialéctica que estriba en la fe inquebrantable en el indio y en su capacidad de aportar muchos elementos al cambio y al progreso; Arguedas sabía que nuestros pueblos solo pueden ser entendidos si se piensan como una totalidad.

Seguir reduciéndolos a sus componentes occidentales o indígenas como si fueran mundos separados, significa privarnos de toda posibilidad de entendimiento; por eso, en sus últimas novelas, amplía el marco de posibilidades en una impresionante mezcla de personajes, -como la vida real- y aunque se perfilen nuevas oposiciones, él intenta la creación de espacios de “Todas las Sangres”, como un lugar rico, múltiple y diverso.

Ese es el espíritu que animó a Arguedas y por eso, nunca quiso en sus obras asu-

mir un papel definitivo que lo ubique en cualquiera de los mundos que él describe; siempre quiso ser un vínculo, un puente entre los dos mundos.

En él, el tránsito de un mundo al otro es, desde la perspectiva de la historia, pero de la historia pensada en términos quechuas, un Pachakutic, un cataclismo que tanto destruye un mundo, cuanto construye otro.

En “El Zorro...” la visión dual de Arguedas es reemplazada por una imagen plural; no se trata de una nación, sino de varias naciones. Cada personaje tiene su propia definición, su propia identidad, su propia experiencia. El nuevo mundo de Chimbote no los ha disuelto, no los ha unificado, no los ha metido a todos en el mismo patrón.

El mestizaje, en el sentido amplio del término, en el universo narrativo Aguediano, se afecta tanto del indio hacia el blanco, cuanto del blanco hacia el indio y esta será la característica más reveladora de su obra; porque no es un mestizaje de razas, sino de ideas.

“Hablamos –dice Arguedas en “No soy un Aculturado”-
en términos de cultura;
no tenemos en cuenta para nada el concepto de raza.
Quien quiera puede ver en el Perú,
Indios de raza blanca
Y sujetos de piel cobriza,
Occidentales por su conducta”.

Creo que ese hombre nuevo, libre y solidario, capaz de admitir y comprender la “OTREDAD”; de tomar lo bueno del otro sin dejar de ser él mismo, se está gestando desde los primeros escritos Arguedianos y alcanza su pleno desarrollo en “Todas las Sangres”, con el personaje Rendón Wilka, de quien el joven Pantacha de “Agua”, el estudiante Escobar de “Yawar Fiesta”, Palacitos en “Los Ríos Profundos” y Alejandro Camac en “El Sexto”, son antecesores.

Todos los personajes de la Sierra son portadores de un mensaje de amor, de esperanza y de unidad. Ellos llevan en sí el sueño de la historia, en una palabra representan la conciencia de un pueblo oprimido y lleno de contradicciones, pero llevan consigo una misión redentora, casi mesiánica.

Maxwell, el norteamericano, es otro mestizo y es un poco la prolongación de Don Bruno, lo mismo que Don Cecilio Ramírez de Rendón Wilka.

Para Arguedas, el acceso al mundo del mestizo no es un privilegio de nacionales; cualquiera fuere su origen puede acceder a él. El mestizaje va más allá del simple encuentro de razas o de una aculturación

anárquica. Se trata de que cada uno de los universos afectados, transmita al otro lo mejor de sí; así alcanza una significación ética, política e ideológica que no se aplica solamente al indio, sino también al blanco.

Todo hombre tiene su sitio en la sociedad a condición de que sepa ser siempre él mismo.

La elección de un norteamericano como soporte de un mestizaje social y cultural, es de trascendental importancia, porque el punto de reconciliación y encuentro, ya no se aplica solamente a los diversos grupos socio-culturales del Perú, sino también a los países dominantes e imperialistas, opuestos a los países dominados y dependientes.

Esta elección es, por consiguiente, el inicio de una búsqueda de solución global para el Perú y el Tercer Mundo, en el marco internacional y mundial.

En el Perú como en América y en el Mundo, se podrán mezclar un día “Todas las Sangres”. Esa su esperanza. Esa, la razón de su escritura y de su sacrificio.

“Hasta cuando –se pregunta Arguedas- durará la dualidad
trágica de lo indio y lo occidental
en estos países descendientes del Tawantinsuyo
y de España?
Qué profundidad tiene ahora
la corriente que los separa?”

Y porque la búsqueda iniciada por él sigue sin respuesta, cobra vigencia su invitación:

“Tiremos abajo las murallas;
no haya sitiados ni sitiadores,
explotados ni explotadores;
hagamos nacer una nueva historia
por nuevos cauces de originalidad y de grandeza;
de una vez seamos hermanos,
en una gran nación”.

La verdad es que como dijera Julio Ortega en “Cultura Peruana”:

“Ni siquiera somos una cultura dual,
andina e hispánica;
estamos demasiado teñidos unos de otros
para separar lo propio de lo ajeno:
cuando, por añadidura
lo más propiamente nuestro,
es aquello que todavía
no hemos liberado y encarnado”.

Sabía Arguedas y en ello fundaba su esperanza, que es posible forjar una sociedad en la que el individuo no vea en el otro individuo un competidor, sino alguien que le ayude a ser lo que es capaz, a desarrollarse como ser humano en beneficio de los otros seres humanos.

No la síntesis, no el sincretismo; sino la multiplicación. No lo uno **O** lo otro; sino lo uno **Y** lo otro.

Y si Arguedas nos muestra en todas sus obras, mundos perfectamente entrecruzados, es porque en todas quiere darnos su esperanzador mensaje de unidad en la di-

versidad, a la espera de que cuando “El mundo se dé vuelta e Inkarrí resurja”, nos encontremos todos y se fundan “Todas las Sangres”, todas las culturas, todas las palabras en “Los Ríos Profundos” y entonces, el Perú, América y el mundo, vivirán su plenitud creativa, su rica imaginación y la infinita dicha de la vida como un don mágico y humanizador.

Porque, si a los Zorros Míticos les corresponde continuar eternamente el discurso novelesco, a nosotros, los hombres del mundo, nos compete avivar esa chispa que encendió la muerte de Arguedas, para construir con “el canto de la calandria de

fuego” un mundo solidario, de fraternidad y amor, como él lo pensó y los buscó, en armonía con el universo.

Conmigo termina un tiempo, pero inicia otro. Ahora es el turno de los valientes jóvenes, -dijo- y el 28 de Noviembre de 1969, en una de las aulas de la Universidad Agraria La Molina, en Lima, se pegó un tiro.

Y porque no se han apagado los hervores de las distancias, de los dualismos, de los desencuentros, 43 años después de su sacrificio, todos los punucumuncuna de América, los de arriba y los de abajo, sa-

bemos que, mientras exista la injusticia, la explotación, la humillación y el oprobio, habrá muchos Arguedas muriendo y renaciendo sin cesar, en el doliente pero algún día victorioso corazón de los que sufren.

Oscar Román, indígena witoto, gran chamán de la Amazonía Colombiana, sueña con que un día, esa gran Maloca que es el mundo, sea de verdad la Casa Grande de todos, porque –dice- “un mismo sol sale cada mañana para todos y un mismo aire, aliento de vida, nos vivifica a todos”.

Oscar espera que eso suceda un día. Y yo también.